



Reflexión Final Vía Crucis Hermandades de Jerez 2012

«Mirad que subimos a Jerusalén» (Mc 10, 33), mediante estas palabras el Señor invita a sus discípulos a recorrer junto a Él el camino, que partiendo de Galilea conduce hasta el lugar donde se consumará su misión redentora.

En esta Cuaresma como discípulos de Cristo debemos prepararnos para «subir a Jerusalén» y tener presente su Pasión, Muerte y Resurrección. Ayudados de nuestra imagen de Jesús Cautivo y celebrando el Vía Crucis, hemos podido reflexionar sobre los sagrados textos de los Evangelios en los que se nos narran la Pasión del Señor, es decir, la entrega de Cristo por cada uno de nosotros para nuestra salvación.

Sabiendo que Jesús camina delante de nosotros y va hacia lo alto, sigamos sus huellas que nos guían hacia la vida según la Verdad, nos llevan hacia el Amor, nos conduce hacia Dios. Él es una luz que nos ayuda a no dejarnos seducir por las tinieblas de la vida sin Dios que quiere imponer la dictadura del relativismo.

Cristo marcha a celebrar la Pascua, consciente de ser el Cordero del que hablan las Escrituras. No es un camino fácil, sobre todo, sabiendo que la cruz forma parte de la subida hasta la altura de Dios mismo. Lo hace con mano firme y segura, a través de vías difíciles y dolorosas, como lo expresa el salmo: «Aunque camine por cañadas oscuras, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo» (Cf. Sal 23, 4).

En su subida nos invita a acompañarle y nos alienta a no tener miedo de ser cristianos. Como afirmaba Juan Pablo II, a no tener miedo de abrir las puertas de nuestro corazón a Jesucristo. A tener la valentía de desafiar a un mundo que no cree en el amor y en el que sólo interesa el placer, el pasarlo bien y vivir la vida sin tener nada que ver con nadie. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y, mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito, encontrar un sentido a la misma. No tengamos miedo, hagamos como Cristo en el Getsemaní, que se puso en pie y con valor dijo: «Vamos.» (Cf. Mt 26, 46).

Que María, Madre Dolorosa, testigo silenciosa de aquellos instantes decisivos para la historia de la salvación, os ayude a reconocer en el rostro del Crucificado, desfigurado por el dolor, la imagen del Resucitado glorioso. Amen.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez